

vaselina, perfumada con Ambrosía celeste o con L'Origan falsificado. Una ingenuidad tan grande como las pretensiones de este pequeño libro salvaría a su autor.

¡Rosas de cera, rosas de altar, rosas fiambres!

Rosas antropomórficas, ultraterrenas como un misticismo de beatas quiteñas. Olorosas y repulsivas como flores de capilla ardiente. Rosas que no se deshojan; ¡se derriten, se derriten!.—*C. Vattier B.*

RÍO DE JANEIRO, CIUDAD DE HECHICERÍA. Poemas de *Gastón Figueira*.

Diez y ocho libros de poesías tiene ya a su haber este difundido poeta uruguayo. Magna labor para un lírico sudamericano, ya que en estas tierras no suele hallarse la gloria literaria, y rara vez consigue el hombre de letras vivir de su pluma sin descender al periodismo.

Glosas de su vida durante algunos meses en la bella capital del Brasil, adolece este libro (1) de Figueira de ciertas improvisación, que resta elegancia a la forma, y hay algunos motivos demasiados vulgares a los que ni el autor ni nadie podría sacar provecho lírico.

Pero tiene la obra de Figueira poemas tan hermosos como ese *Parque do Poverello* y *Praia de Guanabara* que la falta de espacio nos impide copiar íntegro y que bastan para hacer olvidar el pecado de falta de selección en que ha incurrido el poeta.

(1) Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1931.

Todo Río Janeiro, con sus playas, sus alegres ferias populares y sus islas floridas, queda en este bello libro del poeta uruguayo para asombro de los que no conocen las divinas tierras del Brasil.

LÍNEA DEL ALBA, por *Juvenal Ortiz Salarégui*.

Desconcierta un poco el libro de este joven poeta uruguayo, no bien adentrado en la corriente de vanguardia, pero oscuro en ocasiones como un vanguardista contumaz.

En los *Poemas de la Noche*, y signado con el N.º VI, viene el que aquí copiamos:

Estoy con la frente para atrás.
Me filtro
y cae el llanto de tus ojos al cielo.
Estiro mi corazón y no te alcanzo.
Tú bajas tu oración,
mástil del cielo.

O estamos muy atrasados en achaques líricos, o este autor uruguayo está muy adelantado para la época.

Estiro mi corazón y no te alcanzo es, en realidad una expresión novedosa, pero es lo único que hay en las líneas precitadas, y una línea no puede salvar la falta de sentido del poema. Tal vez otros aprecien esa belleza que a nosotros se nos escapa.

No es este comentario negación a una manera poética hoy bien en boga; sólo hemos querido señalar a los lectores de *Atenea* un botón de vanguardia, para que lo sabo-

reen los que tengan paladar ultra-refinado.

Entre las cosas bellas que hay en el libro (1) de Ortiz Salarégui, el *Canto a los pájaros de tu piedad*, lleno de sugerencias y claro de expresión, nos parece un acierto magnífico.

Poeta joven, él sabe mejor que nosotros lo que puede aguardar del futuro. No caeremos, pues, en la tonta simpleza de un pronóstico.

POEMAS AUTOMÁTICOS, por *Manuel Agustín Aguirre*.

De todos los libros vanguardistas publicados en América y recibidos en *Atenea*, acaso ninguno representa con mayor precisión la nueva moda lírica que el de este joven ecuatoriano que aquí comentaremos.

El título, la falta absoluta de mayúsculas y de puntuación le sitúan, desde luego, gráficamente, entre los avanzados. Aunque no es el primero, ni será el último, que intente desconcertar atropellando la ortografía, no es supérfluo anotar aquí tales cosas para que se le ubique con facilidad.

Hemos dicho ya en otras ocasiones, y en estas mismas columnas, que el uso y el abuso de la imagen—mientras más descabellada mejor—es, por excelencia, el distintivo de los poetas de vanguardia.

Veinte y cinco poemas forman el libro de Manuel Agustín Agui-

rre, y cada uno de ellos no es sino sucesión interminable de imágenes extrafalarias—y es claro que entre esa avalancha las hay bellas y precisas—que, sin ilación y sin sentido de unidad, apenas si arrancan una sonrisa benévola a la curiosidad del lector.

Estos poemas deshumanizados, sin belleza de forma y sin emoción, nos hacen pensar en la pintarrajeada paleta de un retratista que alguien quisiera exhibir como su obra maestra. Quedaron en ella tonalidades grises, violetas, azules, anaranjadas, medios tonos, sin orden ni concierto, y dan al ojo una grata sensación colorista. Pero no logran formar un retrato, ni un paisaje ni una naturaleza muerta. Son, simplemente, manchas de una paleta.

Siempre hemos pensado que esta innovadora corriente poética no será perdurable, y apenas si dejará el recuerdo sonriente de su paso por la literatura de hoy.

Es bien sensible que todo poeta joven se crea en la obligación de iniciarse en la ruta vanguardista, temeroso de aparecer retrasado. Desoyen la voz de su temperamento, que a muchos les enderezaría hacia el clasicismo, y, desprecian la lógica de la poesía eterna, logrando sólo distraer regocijadamente.

Copiamos aquí el Poema 16 de estos *Poemas automáticos*, (1) que dirá al lector mucho más que todos nuestros comentarios:

cogí una carcajada por los pelos
y la vacié en una botella
exprimí los ojos de una mujer

(1) Biblioteca *Alfa*.—Montevideo, 1931.

(1) Imprenta Gutenberg, Guayaquil 1931.